

ALEXANDER NEHAMAS, *NIETZSCHE: La vida como literatura*¹.

Tomás González

Walter Kaufmann en su *Nietzsche: Philosopher, Psychologist, Antichrist* me demostró, dice Nehamas, que interesarse por Nietzsche iba más allá del interés por un irracionalista enloquecido, proario y vociferante antisemita. No todas mis dudas quedaron despejadas, y algunas, en particular la que se refieren a la actitud de Nietzsche hacia las mujeres, siguen inquietándome al cabo de todos estos años. Con todo, el libro de Kaufmann me demostró que Nietzsche podía ser leído. Casi al mismo tiempo el libro de Arthur Danto *Nietzsche as Philosopher* me convenció de que Nietzsche debía ser leído. Un interés más reciente por cuestiones de teoría literaria me llevó a leer a un buen número de autores alemanes y, en particular, franceses que han escrito sobre Nietzsche. Especialmente importantes para mi trabajo resultaron *Nietzsche et la philosophie*, de Gilles Deleuze, y *Nietzsche et la métaphore*, de Sarah Kofman. Las ideas de Richar Rorty sobre a qué aspectos de este ensayo debía dar primacía y cuáles dejar de lado resultaron esenciales para que concibiese el proyecto general del que es resultado este libro.

Nietzsche desafía a sus lectores con dos juegos de paradojas, la idea de la voluntad de poder, la del eterno retorno, la de la naturaleza del yo, y los presupuestos inmorales de la moralidad por un lado y, por el otro, el segundo juego de paradojas lo genera su escritura. Este libro quiere ser un ajuste de cuentas con ambos conjuntos de paradojas. La noción de perspectivismo, obsesión de Nietzsche por subrayar que cada idea es sólo una entre muchas interpretaciones posibles, genera una paradoja ya que si la idea de que sólo hay interpretaciones no es en sí otra cosa que una interpretación es, por lo tanto, posiblemente errónea. Cabe deducir que, al cabo, no toda idea es una interpretación, y que la posición de Nietzsche se desactiva en sí misma. La paradoja que representa es parte del contenido de su escritura y debe ser abordada siempre que se intente interpretar su pensamiento. ¿Entiende o no entiende entonces como verdaderas sus proposiciones, en muchos casos aparentemente paradójicas, sobre el yo interno, la moralidad o la historia? Si la respuesta es sí, ¿qué coherencia puede guardar esto con su idea de que todas las ideas son sólo interpretaciones? Si la respuesta es no -esto es, si no considera que sus ideas son ciertas-, ¿por qué se toma, de entrada, la molestia de formularlas? Enfrentados con este dilema, algunos autores optan por hacer hincapié en lo que consideran las ideas "positivas" de Nietzsche e ignorar su perspectivismo y sus aparentes implicaciones. Otros, por el contrario, centran su atención en el perspectivismo e ignoran estas ideas o las conciben negativamente, esto es, como simples intentos por socavar las ideas de otros. Pero existe una dificultad añadida, y tal vez más seria. Si cada idea es sólo una interpretación, y si, de acuerdo con el perspectivismo, no hay hechos independientes que permitan contrastar las interpretaciones, ¿cómo podremos siquiera saber si todos estos análisis, todos estos textos, son interpretaciones de la misma cosa? Si el perspectivismo está en lo cierto y, tal como parece sostener, cada interpretación genera sus propios hechos, podría parecer una tarea imposible determinar si una interpretación es o no es correcta. Finalmente, se plantea un problema grave con el propio estatuto de la escritura de Nietzsche, que a menudo consiste explícitamente en interpretaciones de fenómenos que como la moralidad, se han dado por supuestos, según él, durante demasiado tiempo.

¹ A propósito de Alexander Nehamas, *Nietzsche: La vida como literatura*. Turner, Fondo de Cultura Económica, 2002.

Es aceptable el principio de Nietzsche: no hay hechos al margen de la interpretación. Es aceptable también su idea de que no hay, en consecuencia, normas imparciales que determinen en cada caso cuál de nuestras interpretaciones es correcta y cuál es falsa. Pero piensa asimismo -como cree que también piensa Nietzsche- que algunas interpretaciones son mejores que otras y que a veces nos es dado reconocerlo así.

El esteticismo de Nietzsche está vinculado al perspectivismo de dos maneras. En primer lugar, entiende el mundo en general como si se tratase de una suerte de obra de arte; en concreto, lo concibe como si se tratase de un texto literario. Y muchas de las conclusiones sobre el mundo y cuanto lo compone, incluidas sus nociones sobre los seres humanos, parten de extrapolar ideas y principios aplicables casi intuitivamente a la escena literaria, a la creación e interpretación de textos y personajes literarios. Muchas de sus muy extrañas ideas parecen significativamente más factibles bajo esta luz. El vínculo más obvio viene dado por nuestra idea habitual de que los textos literarios admiten una interpretación igualmente válida por caminos radicalmente diferentes y profundamente incompatibles. Nietzsche sostiene que este principio también es válido para el mundo en sí y para cuanto lo compone. Sobre esta idea se funda su perspectivismo, así como ciertos aspectos de su doctrina de la voluntad de poder, del eterno retorno, de la naturaleza del yo y de sus objeciones a la moralidad. El esteticismo de Nietzsche está vinculado con el perspectivismo por otra vía. La trama filológica del mundo no sólo proporciona un modelo literario para muchas de sus ideas; también lo impulsa a crear lo que podríamos llamar un producto literario. El pensamiento positivo de Nietzsche consiste en la presentación, o ejemplificación, de un carácter concreto, literariamente reconocible, que encarna estas ideas filosóficas mediante un modo de vida que es únicamente el suyo. El hecho de que este personaje sea único, de que no esté descrito de manera tradicional, y de que sea engendrado de tal manera que no pueda ser modelo de imitación directa, permite a Nietzsche perseverar en su perspectivismo sin verse obligado a articular posturas meramente negativas. Singular acercamiento a estos problemas que desacredita cualquier distinción fácil entre lo que constituye una idea positiva y una idea negativa. Por lo tanto, contribuye a justificar la relación esencialmente ambigua que Nietzsche mantuvo con la tradición filosófica. Esta relación irresolublemente equívoca entre Nietzsche y la filosofía tradicional es el tema del capítulo uno. La ambigüedad de dicha relación se plasma perfectamente en la actitud de Nietzsche hacia Sócrates, que no es ni puramente positiva ni puramente negativa. Nietzsche entiende que su proyecto es muy similar al de Sócrates. Por eso entiende que su proyecto se expone a parecer un proyecto filosófico más en el sentido tradicional. Lo que crea el problema para Nietzsche es lo que él entiende como el dogmatismo de Sócrates, su empeño en presentar su punto de vista y sus valores no simplemente como suyos, adecuados para él y para quienes son como él, sino como valores y puntos de vista que deben ser aceptados por todos debido a su autoridad racional, objetiva e incondicional. A Nietzsche, el perspectivismo le impide presentar cualquiera de sus ideas, incluida la del perspectivismo, conforme a esta regla. El afán de Nietzsche de resolver este problema implica el empleo de una vasta, y hasta ahora en gran parte ignorada, diversidad de géneros y estilos literarios: su propósito en este sentido es que sus lectores no olviden nunca su presencia como autor individual de sus textos. No propone Nehamas que ésta sea la única razón por la que el estilo es tan importante en la escritura de Nietzsche, ni siquiera sostiene que su idea pueda justificar el serio dilema de por qué Nietzsche adopta estilos determinados para obras determinadas. Lo que defiende es simplemente que sus variaciones estilísticas desempeñan un papel filosófico.

En esta primera parte, titulada "El mundo", analiza el modelo literario de Nietzsche, su concepción del mundo como texto, y los problemas metodológicos de interpretación. En el capítulo dos aborda explícitamente el perspectivismo, presenta su fundamento artístico y literario y examina algunas de sus dificultades autorreferenciales. Ofrece una característica de aquellos a los que Nietzsche denomina "espíritus libres", los que comprenden que todo es de hecho interpretación y, sin embargo, no entienden que el ser conscientes de ello suponga un obstáculo a la generación de nuevas ideas y valores, sino que lo consideran un estímulo. En el capítulo tres analiza la idea de Nietzsche de la voluntad de poder, que identifica cada objeto del mundo con la suma de sus efectos sobre todas las demás cosas. Concluyendo que hay efectos sin cosas, propiedades sin sustancia y actividades sin agentes. Ideas fruto del modelo literario de Nietzsche que sostiene que los objetos literarios, en particular los personajes literarios, están constituidos como simples conjuntos de rasgos o efectos que no pertenecen a sujetos independientes. Diferentes puntos de vista, derivados o expresión de intereses y valores diferentes, resultan en agrupaciones diferentes y, por lo tanto, en objetos diferentes. No hay una respuesta absoluta a la pregunta de qué agrupación es mejor (o qué agrupación refleja exactamente la naturaleza de las cosas en sí), porque no hay un trasfondo de valores que deba ser aceptado incondicionalmente por todos. Luego aquello a menudo entendido como hechos es el resultado de valores e interpretaciones previas y olvidadas. A la vez, nuestras propias interpretaciones de estos valores previos encarnan y transmiten los intereses y valores mediante los cuales tenemos más posibilidades de realizarlos. Si esto es así, ¿con qué autoridad sostiene Nietzsche, como parece sostener, que el cristianismo debe ser rechazado? La genealogía genera esta paradoja incluso cuando revela la paradoja que constituye el cristianismo. Este problema es el tema del capítulo cuatro, donde se analiza la idea de Nietzsche de que el ascetismo radical predicado por el cristianismo guía a sus adeptos a aspirar a poco menos que a su propia aniquilación. Sin embargo, especula Nietzsche, en la medida en que el cristianismo ha conseguido persuadir a sus seguidores para que busquen su propio final autodestructivo, ha conseguido a su vez preservarlos; por horrible y autodestructivo que sea este objetivo, sigue siendo un objetivo. Y un objetivo es precisamente lo que necesitan, en la medida que les faltaba a las personas por las que fue concebido en su origen el cristianismo: "una voluntad de nada, de aversión a la vida, una rebelión contra los presupuestos más esenciales de la vida, es y seguirá siendo una voluntad" (GM,III, 28). ¿No infringe entonces Nietzsche su propio perspectivismo para caer en la tradición dogmática de la que desea sustraerse?

En la segunda parte, "El yo interno" se plantea Nehamas la pregunta de cómo puede Nietzsche presentar ideas propias si en verdad es correcta la imagen del mundo, del conocimiento, de la interpretación y de la filosofía que se le atribuye en la primera parte. En esta segunda parte, el otro aspecto de su esteticismo, es decir, el hecho de que su resultado, al igual que su modelo, es literario, cobra una importancia crucial. El capítulo cinco analiza el eterno retorno, que, en opinión de Nehamas, tiene poco si no nada que ver con la naturaleza del universo, tal como muchos piensan. Es más bien la creencia de Nietzsche de que el mundo, y cuanto lo compone, es de tal índole que si algo volviese a ocurrir (aunque de hecho eso es imposible) todo lo demás también tendría que volver a ocurrir. Así, por ejemplo, los vínculos que constituyen a cada persona a partir de sus experiencias y actos, son absolutamente esenciales para esa persona. Si en algún momento se nos diera una segunda vida, necesariamente tendría que ser idéntica a la vida que hemos vivido; de no ser así, no habría, para empezar, razones para considerarla nuestra vida. El eterno retorno no es por lo tanto una teoría del universo, sino una visión de la vida ideal. Sostiene que una vida se justifica únicamente

si uno desea repetir la misma vida que le ha sido dada. El eterno retorno afirma que nuestra vida sólo tendrá justificación si se modela de tal forma que nuestro deseo sea repetirla exactamente tal como ya ha sucedido. Esta idea, que una vez más apela al modelo literario, introduce otras dos dimensiones en su pensamiento. La primera es la del immoralismo. Yo podría estar perfectamente dispuesto a volver a vivir mi vida, satisfaciendo así el concepto de la vida ideal, y no obstante ser, a la vez, profundamente repulsivo desde el punto de vista moral. La segunda dimensión, vinculada a la idea de que la vida es algo que ha de ser modelado, el proceso de llegar a ser lo que se es. Este es el tema del capítulo seis. El yo no es una entidad constante, estable. Es algo que uno llega a ser, algo que uno construye. Una persona está constituida absolutamente por todo lo que piensa, desea o hace. Pero una persona digna de admiración, una persona que tiene (o es) un yo, es una persona cuyos pensamientos, deseos y actos no son azarosos sino que están conectados entre sí mediante la fibra íntima que revela en cada caso la presencia de un estilo. Un yo interno consiste en un gran número de tendencias poderosas y contrarias que se hayan sometidas a control, armonizadas. Pero él no cree que exista un único tipo adecuado de vida o de persona. Piensa que las personas admirables son lo que él denomina "individuos". Dar pautas generales para llegar a ser un individuo es tan inconsistente como ofrecer ideas generales cuando se piensa que las ideas generales no son más que simples interpretaciones. En lugar de esto, Nietzsche ejemplifica mediante sus propios escritos una vía por la que un individuo puede llegar a modelarse por sí mismo. Este individuo no es sino el propio Nietzsche. Este personaje no proporciona un modelo a imitar, pues consiste esencialmente en las acciones específicas, sus escritos específicos, que lo constituyen, y que sólo él podría escribir. Imitarlo directamente produciría una caricatura, o en el mejor de los casos una copia, algo que no es un individuo. El afán de Nietzsche por crear una obra de arte a partir de sí mismo, un personaje literario que a la vez es un filósofo, es su afán también por ofrecer una idea positiva sin caer en la tradición dogmática de la que tanto desconfió. Su esteticismo es la otra cara de su perspectivismo.